

8 MAYO 1982

Editorial

Los cuatro años de Carazo

Estamos seguros por muchos indicios precisos y concordantes que el Presidente Rodrigo Carazo sale del gobierno convencido, íntima e insobornablemente convencido, igual que su Segundo Vicepresidente, de que su gestión ha sido hartamente exitosa y de que ha escrito la historia con excelente caligrafía y acertado estilo, y que no cesará desde la llanura en su empeño de convencer a los electores que le favorecieron con su voto y luego le abandonaron, de esta verdad revelada.

Pero los hechos que demuestran lo contrario son tantos y tan abrumadores, y los resultados de sus desaciertos, de sus ocurrencias, de sus constantes incoherencias y de sus ideas fijas tan patentes, hasta el punto de hacer la entrega del país al borde mismo de la quiebra, que esta aberración suya es inofensiva y no pasará de un autoconsuelo.

Aficionado a los slogans, a las consignas y a las frases hechas, el Presidente saliente nos deja una estela de malos recuerdos casi en todos los órdenes de su gestión política, de pesadillas, de amargas disputas con los medios de información que nunca logró entender, de hiperverbalismo y "presentismo" constante que no terminó sino hasta el último día de su mandato.

Sus inventarios sobre obras realizadas podrían habernos ofrecido el lado positivo de su administración, si no fuera porque en su afán de hiperbolizarlas y trascendentalizarlas, los saturó de detalles, pormenores irrelevantes y de realizaciones menores que no fueron impulsadas propiamente por él o su gobierno, sino conforme a programas ya previstos en el sector descentralizado.

Queda, ciertamente, una obra material, de cemento y varilla, que no toda es suya, y en algunos casos los logros de una gestión de tipo gerencial aunque desordenada y en algunos casos frenética. Nada más. El presidente Carazo no deja obra política propiamente dicha. Por el contrario, el panorama que queda atrás es confuso, inorgánico y oneroso. Sus primeros proyectos, originados en parte en los lineamientos de su plataforma programática, tales como "la promoción humana", el ministerio del interior, la reforma o supresión de las presidencias ejecutivas, la falsa liberación del modelo económico, los promotores sociales y otros más, fueron naufragando en un mar de improvisaciones, de cambios súbitos de rumbo, de políticas contradictorias y de aventuras internacionales. La Costa Rica "mejor para todos", de su slogan principal, se convirtió trágicamente en una Costa Rica desacreditada en el mundo internacional, empobrecida por la imprevisión inexcusable que tozudamente mantuvo frente al problema de la devaluación y por la excesiva prodigalidad,

sin precedentes, en el gasto público, que dejó a los bancos exhaustos y al sector privado sin recursos.

Su estilo político de tipo a veces conspirativo y ultrasecreto, como el que empleó en su aventura con los sandinistas, introdujo al país en situaciones gravísimas que aún perduran y que motivaron la intervención de la Asamblea Legislativa en más de un caso y la condena moral del órgano parlamentario.

El Consejo de Gobierno prácticamente fue un órgano decorativo y los ministros carecieron de personalidad y de eficacia política. La absorción hasta el detalle de todas las tareas administrativas y su permanente peregrinaje por todo el territorio nacional en tareas de inspección absolutamente innecesarias o superfluas, no le dejó tiempo alguno para la reflexión política, el planeamiento reposado y el balance autocrítico que toda obra de gobierno exige.

El presidente Carazo no sólo careció de un proyecto político, de una definición clara del rumbo de su gestión, sino que incurrió en el error perfectamente perceptible para todos los costarricenses de improvisar teorías justificadoras de sus mismos yerros administrativos y políticos. El caso más extremo y dramático de esta curiosa evasión de la realidad, fue protagonizado hace pocos días por el Segundo Vicepresidente y Ministro de Economía, Lic. José Miguel Alfaro cuando afirmó ante el estupor de todo el país, que la desocupación masiva, la caída estrepitosa del colón, el alto costo de la vida y la espiral inflacionaria, eran resultados lógicos friamente calculados de las "reformas de estructura" presuntamente realizadas en el primer año de gobierno.

La frontera entre lo divertido y lo serio, lo cómico o lo trágico, lo real y lo fantasmagórico, se fue haciendo cada vez más confusa a los ojos de los costarricenses. Nadie ha podido saber cuáles fueron realmente los propósitos del gobierno saliente ni explicarse claramente cómo el país pudo caer casi de la noche a la mañana en un marasmo financiero, económico, administrativo y cambiario como en el que estamos metidos. Y para hacer aún más alucinante todo este proceso de equívocos, palabras, incoherencias y desaciertos, el presidente Carazo se dio a la extraña tarea de un frenético y compulsivo afán de inaugurar todo cuando fuese inaugurable y de hacer inaugurable lo que aún no era inaugurable. De ahí que esta especie de pesadilla haya concluido con una autoapología del gobierno escrita y actuada por el presidente Carazo la cual lega a la posteridad en un insólito libro en que se exponen, sin que nadie atine a saber para qué, los lineamientos básicos de su metapolítica y la metodología precisa de cómo hay que escribir la historia.